

que la memoria es el aparador suntuoso donde la imaginación toma lo que necesita para sus portentos, los cuales á su vez van á cebar la fuente donde está bebiendo de día y de noche la inteligencia humana.

Este introito psicológico va encaminado á un hecho; y es dar á saber á nuestros lectores, si nos los depara el cielo que las escenas de nuestra obrita titulada *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, ó convertidos en cuadros completos, gracias á un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro á despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle á la historia cortapisas y arrequives con sabor á antigüedad y caballería. Pocas aventuras ó lugares de nuestro libro recordarán otros de Cervantes; ni podía ser de otro modo, supuesto que, como llevamos dicho, las por nosotros referidas son historias pasadas á nuestra vista ó de las cuales tenemos conocimiento. Componer un libro original en materia agotada por Cervantes, nadie dirá que no es un esfuerzo laudable de la imaginación; pero como nos hemos puesto acordes en que la imaginación no tiene gran parte en la obrita, vendríamos á la necesidad de echar mano por el ingenio, si ya fuésemos tan menguados que achacásemos á él lo que tal vez no llamará la atención de los doctos, y seguramente no correrá la gran suerte del libro de Cervantes. Don Eugenio Hartzenbusch le dijo á

un notable viajero suramericano (1): « He leído la obra que usted me presentó. El artículo titulado « Poesía de los mojos » es de todo mi gusto. En cuanto al *Capítulo que se le olvidó á Cervantes* le diré á usted que, por bueno que sea, es imitación, y como tal, de menos mérito que las excelentes partes originales que contiene *El Cosmopolita* ». Don Eugenio, por la cuenta, olvidó el gran caso que la Academia Española y los humanistas han hecho en todo tiempo de lo que ha sonado aun remotamente á Cervantes: los dos capítulos disparatados que un desconocido dió á luz en Alemania, vinieron á París haciendo ruido, y merecieron el análisis y el juicio de literatos de cuenta. La continuación de Avellaneda fué semillero de contrapuntos y disquisiciones literarias tan ardorosas, que apenas si han caído las altas llamas que al principio se levantaron de esa hoguera. *El Quijote de la Cantabria*, por del todo necio é insignificante, no ha alcanzado más favor que el inmediato olvido. En cuanto á las imitaciones de Guillén de Castro, Calderón de la Barca, Meléndez Valdés y otros autores ilustres, claro se está que el imitar á un gran ingenio no es cosa de tener en poco, una vez que esos de más de marca arrimaron el hombro á tan dura labor. El toque está en el éxito, lo repetimos: si Guillén de Castro ó Meléndez Valdés hubieran salido bien, sus obras hubieran sido de gran mérito; así como un Partenon levantado por otro Fidiás, en siendo igual al de este maestro, no alcanzara menos admiración que el primitivo. Si para honra del género humano y gloria de nuestro tiempo naciese en la poética tierra de Urbino un artista que tomase, no el

(1) El señor José María Vergara y Vergara, neo-colombiano.

cuerpo solamente, sino también el alma de la *Transfiguración*, y compusiese una obra tan cumplida como la que hoy es riqueza del Vaticano, ¿sería menos admirable que el prototipo de los pintores? Quien nos componga una *Eneida* en nada inferior á la que ya tenemos, le damos por aprovechado. Boyardo y Berni se están paseando fraternalmente por los Campos Elíseos, y Cástor y Pólux no se hacen mala obra el uno al otro. El punto finca en haber ganado el derecho á la media inmortalidad; ventolera de la cual, gracias á Dios, nos hallamos muy apartados.

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre, y llaman enemigos del orden á los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó á un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio, pero allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros: sin libros, señores, ¡sin libros! si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas. Por rehuir el fastidio, ó quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignorantón medio loco y aquirotado; y fué que un día recogió los clérigos de esos contornos y las parroquias vecinas, y todos juntos se remontaron á la cresta oriental de los Andes, á horcadas en sus mulas y machos, en busca de una Purísima que había nacido entre las marañas de la sierra. Á la Virgen, halláronla en un cepejón, con cara, ojos, boca tan patentes, que allí luego dieron orden como se erigiese una capilla; y en tanto que llegaban los romeros con la *romería*, vistiéronse ellos de salvajes con musgos, líquenes, hojas, y en horrendas figuras comparecieron en la plaza del pueblo

todos ellos con máscaras extravagantes, gritando que la Virgen había nacido en el monte. Un matasiete que á la sazón se hallaba en el pueblo con una brigada de soldados, tomando á burla las charreteras de lechuga de aquellos fantasmas, montó á caballo lanza en ristre, y sin averiguación ninguna los arremete de tan buena gana, que los que no se encomiendan á los pies caen mal heridos. Nosotros moríamos de risa en nuestra ventana, sintiendo sí que no hubiesen venido á tierra cuatro monigotes más á los golpes de ese invencible caballero. La cosa no era para echada al olvido: y como hubiésemos anteriormente dado á la estampa un escritillo titulado *Capítulo que se le olvidó á Cervantes*, el cual fué acogido con aplauso en la América del Sud, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que hartó tenía de Quijote; buscándonos el diablo, describimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana y del *Ingenioso hidalgo*, pasamos adelante, hasta cuando á la vuelta de seis meses los capítulos hechos y derechos eran sesenta; sí, señores, ¡sesenta! De éstos, los cincuenta serán escoria: como se nos cuajen los diez, y rueden en el crisol en forma de granos y pepitas relucientes, felices nos estimaremos y ricos además con tan humildes preseas.

La fábula de Cervantes de nada tiene menos que de original: libro es de caballería, y peste de su tiempo eran los tales. Asunto, estilo, lenguaje, escenas, todo es en el *Quijote* pura imitación de Amadis de Gaula, don Belianis de Grecia, Palmerin de Inglaterra y más adefesios que eran las delicias del señor don Carlos Quinto y sus fantásticos y aventureros conterráneos. El triunfo de Cervantes

fué la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón, quedó muerta, cual toro en la plaza de Valladolid á manos de don Diego Ramírez, ó en la de Sevilla á las de don Pedro Ponce de León, de una sola espadada. Exclusivamente el objeto fué propio de Cervantes : lo demás, bien así la esencia como la forma, pura imitación. Y con esa imitación ha pasado á ser uno de los más célebres autores de cuantos son los que componen la república literaria. Ese objeto, no era ya para nosotros, puesto que nuestro maestro lo llenó trescientos años ha; y por lo mismo, para ver de conciliar algún interés á nuestro invento, han sido necesarios muchos requisitos, con los cuales no sabemos si hemos cumplido. Llenar todos los números en cualquier materia, es perfección; y obra perfecta ni mujer fuerte ¿quién la hallará? Nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral, no un *Pantagruel* para la risa, ni *Le moyen de parvenir* para gula de los sentidos : Rabelais y Richet no aciertan, ni á sernos agradables, menos á servirnos de numen. Verdad es que Molière y Lafontaine sabían esos autores de memoria; pero Lafontaine, ese viejo libidinoso que ha poetizado la sensualidad, vistiendo de Musa á la corrupción, ¿puede ser él mismo ejemplo saludable? Cervantes es cristiano, delicado, honesto, y ríe, riendo da heridas mortales en los vicios y las preocupaciones de los hombres. El género es el más difícil : haber acometido la empresa, es laudable osadía, á buen seguro : llevarla á feliz cima, no es para nosotros, pues no pensamos que nuestro libro pueda pasar por las picas de Flandes. Si él llegare á caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un *Quijote* para la América española,

y de ningún modo para España; ni somos hombres de suposición que nos juzguemos con autoridad de hacerle tal presente, á ella dueña del suyo, ese tan grande y soberbio que se anda coronado por el mundo. Con todo, si vosotros, oh españoles, oh hijos de nuestros padres, oh hermanos en religión, lengua y costumbres, si vosotros llegáredes á ver nuestra obra, á leella, examinalla y juzgalla, sed, no generosos con lo indebido, pero sí benévolos hasta donde lo comporten vuestra gran literatura y la gloria del príncipe de vuestros ingenios. E en el nueso pecho, que piadoso é amoroso es, meteredes un buen porqué de amor é gratitud, para hablar con el Bachiller Fernán Gómez de Cibdad Real.

Pero Cervantes, argüís, le dejó muerto y enterrado á Don Quijote, á fin de que nadie osase tocarle después de él; ¿cómo sucede que nos le presentáis vivo y efectivo, en carne y hueso, después de tantos años como ha que es polvo y nada en las entrañas de la sepultura? ¿Sois acaso Geneo ó Mambreo, mágicos, que imitan los milagros de los profetas? ¿ó Abaris, ese brujo sublime que sobre una flecha encantada pasa montes, cruza mares? ¿ó Apolonio que resucita muertos? No, señores : ni siquiera don Enrique de Villena ó Pedro Balayarde : á Don Quijote, no le hemos resucitado; no hemos hecho sino seguirle la pista á su conductor : olvido que le sucede, asunto nuestro es. Por esta razón la obrita lleva por título *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*; y limpios nos hallamos de ese grande, negro hecho que se llama exhumación. Fáltanos tan sólo advertir que los personajes que en ellos hacen figura son todos reales y positivos, tomados de la natura-

leza, bien así los en quienes concurren las virtudes, como esos bajos y feos que están brillando por el mal carácter ó los vicios. No somos nosotros de los que tienen creído que no conviene aludir á las personas : la ley alude muy bien al delincuente cuando le señala para la horca; y el juez cae en una personalidad con sentenciarle, nombrándole una y mil veces. Los perversos, los infames han de pagar la pena de sus obras : díganlo sino emperadores, reyes, papas; tiranos, obispos, curas; malvados grandes y pequeños que Dante Alighieri ha hecho muy bien de poner en el profundo aun viviendo muchos de los que él encuentra por allá en pleno goce de los suplicios eternos. Miguel Angel, por su parte, lo menos que hace es ponerles en sus pinturas orejas de burro á los pícaros sus malquerientes. Vayan éstos á quejarse á Su Santidad, y le oirán : Si Miguel Angel te pusiera en el purgatorio, de allí te sacara yo á fuerza de sufragios; pero en el infierno, *caro mio, nulla est redemptio*.

Un gran autor moderno ha dicho : « Por poco interés que yo tenga por mí mismo, nunca seré tan menguado que vaya á indisponerme con un hombre de talento, de esos que pudieran transmitir mi fama á la posteridad, concitando contra mí el odio de mis semejantes, ó haciendo reír de mi persona al mundo entero (1) ». Ese poco interés por sí mismos, lo tienen muchos : como adrede molestan, ofenden, persiguen en toda forma á los que pueden ponerlos en los quintos infiernos, ó retratarlos con orejas de burro, ó hacerlos apalear muy á su sabor con Don Quijote.

(1) *Les Caractères*, LA BRUYÈRE.

Desahogos ruines, no son nuestros; pero si hemos castigado maldades en los perversos, vicios en los corrompidos, bajezas en las canallas : difamación, envidia, ridiculez, páganlas allí al punto difamadores, envidiosos y ridiculos. Bonitos somos nosotros para dejarlos con el tanto á tanto pícaro, traidor, villano ó declaradamente infame como nos han salido al paso en las encrucijadas de la vida ! Por dicha, armados de armas defensivas impenetrables, como la verdad, que es cota de malla; la serenidad, que sirve de loriga; la ausencia de miedo, que es morrión grandioso; con nuestra espada al hombro, hemos pasado por entre la muchedumbre enemiga, derribando á un lado y á otro malos caballeros, malandrines y follones. Virtud es el perdón : perdón para los enemigos : crímenes, desvergüenzas, ingratitudes, maldades, al verdugo. Ahórquelas en cuerpo fantástico; mas sepa el delincuente que está ahorcado. Ya es mansedumbre que parte límites con la beatitud, no haber transmitido á la posteridad los nombres de los que con sus acciones han incurrido en esta pena. Atributo de Dios es el perdón; Dios perdona; pero envía el ángel exterminador al campo de sus enemigos, ¡y ay de los malvados !

CAPÍTULO XII

Ensayo ó estudio de la lengua castellana tituláramos esta obrita, si tuviéramos convencimiento de haber salido bien en lo de rehuir los vicios con los cuales la corrompe y destruye la galicana moderna, y de habernos aprove-

chado al propio tiempo de las luces que en el asunto han derramado clásicos escritores, como Capmany, Mayans, Clemencín, Baralt, Bello y otros maestros bien así españoles como sudamericanos. Mas cuando estamos señalando los defectos del vecino y fiscalizando su manera de escribir, no sabemos si nosotros mismos vamos cayendo en otros peores; y así, por no volvernos culpables de fatuidad sobre la nota de ignorantes, hemos preferido la culpa del atrevimiento, bautizándola con el nombre de *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Siempre que hemos contemplado en la triste situación á que ha venido nuestro hermoso idioma, por obra de malos traductores y ruines viajeros, nos ha ocurrido preguntarnos á nosotros mismos: ¿Cómo sucede que cuando la española daba la ley en Europa, puesta sobre todas las lenguas cultas; cuando ella ocupó el lugar de la latina en la diplomacia; cuando ingenios como Pedro Corneille, Molière, Voiture le tomaban sus asuntos junto con su estilo; cuando ella era la lengua de la educación pulida en la sala resplandeciente: cuando los políticos discutían los grandes intereses de las naciones, los oradores sagrados hablaban con Dios y los hombres, los galanes melifluos les contaban sus cuitas á las hermosas, todo en habla castellana; cómo sucede, repetimos, que con tal uso y predominio, la francesa no llegó á corromperse, ni quedó desfigurada y echada á perder, como se halla la nuestra en boca y manos de la inmensa mayoría de hablantes y escribientes de uno y otro mundo? Los traductores franceses eran hombres de saber y entender, que así poseían la una como la otra lengua: al paso que los españoles del día no saben ni una ni otra, salvo el puñado de personas de ciencia y juicio, que no le puede faltar á

nación de tan grandes proporciones. En los unos era móvil de sus obras el amor á las letras humanas; los otros van á caza de dinero: esos miraban con religiosa veneración á su idioma, éstos lo tienen por artículo de mercancía, el cual, para que sea de moda, ha de estar á la francesa.

Maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo; y para artífices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningún pueblo como ella. ¿Pero en dónde, en dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones? las Teresas de Jesús ¿qué se hicieron? los Nieremborgues ¿dónde fueron? Ávila, Malón de Chaide, Yepes, frailes insignes que ilustraron el convento y dieron nombre á su siglo con sus obras, ¡qué dirían, si sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantarán y oyerán la infame algarabía en que tratan expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas! Grandes autores castellanos, ya no abundan; grandes traductores, ya no nacen: y esto debe causar la costelación del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, ya no puede llevar el fruto que debía. Parece que Garcí Ordóñez de Montalvo dictaba estas palabras en el siglo xv, para que en el xix las aplicáramos á nuestro idioma, hiriendo con ellas á los adúlteros que van en busca de mujer ajena, y los incestuosos cuya descendencia no puede menos que adolecer de mil imperfecciones y defectos. Las ondas majestuosas que en la *Guerra de Granada* corren por sobre los tiempos y los acontecimientos pasados, comunicando profundo respeto á los lectores; los armoniosos ratadales en que Fuenmayor

hace pasar la vida de Pío Quinto, repitiendo la gravedad y numerosidad de los Anales de Tácito; el gracejo culto y fino, el lenguaje inimitable de *Lazarillo de Tormes*; la frase ajustada y elegante de *El pícaro Guzmán de Alfarache*; la propiedad, gracia y maestría de *Calixto y Melibea*; la salática de *Rinconete y Cortadillo* en ese hablar de todo en todo castizo; nada de esto, nada, tiene hoy imitadores: ni Juan Valdés sirve de maestro, ni Covarrubias ha compuesto para nosotros su gran léxico ó *Tesoro de la lengua castellana*.

Nosotros, españoles y americanos, traducimos á los gazapos que amuchigan en esa madriguera inmensa que se llama París. Nuestros padres leían y volvían á su lengua las grandes obras de los clásicos griegos y latinos, esas en que se halla contenida la sabiduría de la antigüedad: pero los tiempos pasaron en que Sueyros, Balbuena y Colomas traducían á Salustio, Cicerón y Tácito, y hoy vemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas, verdaderos cachivaches de la literatura, ó libracos llenos de milagros y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofía. Si los amantes de las letras universales tomaran á pechos el verter á su idioma las obras útiles ó magistrales de los autores modernos, aun no tan malo; mas por una traducción de la *Decadencia y caída del Imperio Romano*, tenemos cien romancitos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos á sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena ó mala pierna, y le hacen al héroe el nudo de la corbata. Mor de Fuentes y Vergues de las Casas son dos; dos aprovechados y buenos traductores: la turbamulta de galiparlistas

encendidos de amor por los títeres del Sena, se compone de millares. Traducid, españoles, pero traducid á Fenelón, Bossuet, Lacordaire: traducid á Corneille, Molière, Racine: traducid á Boileau, el Horacio moderno: traducid á Chateaubriand, Lamartine, Hugo el poeta: traducid á Thierry, á Michelet: traducid á Villemain, á Sainte-Beuve. Traducid á Montalembert, Dupanloup, si sois papistas: á De Maistre, á Veuillot, si adoráis al verdugo en el patíbulo. Si sois librepensadores, traducid á Laplace, Littré: si amables utopistas, á Flammarion, Delaage: si herejes declarados, á Renán, Peyrat. Para la tierra, Buffon, Cuvier, Gay-Lussac; para el cielo, Arago, Laplace otra vez, Letailier. Si os embelesan los misterios del magnetismo, traducid á Mesmer y Puysegur. Si en todo y para todo queréis autores franceses, ahí están en ilustre muchedumbre historiadores, oradores, científicos, filósofos, y hasta novelistas, grandes novelistas, como el autor de *René*, el de *Obermann*, el de *Corina*.

Traducidnos la *Enciclopedia*, por Dios, traducidnosla, vosotros que sois, oh españoles, tan amigos y partidarios de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Grimm y más puntos luminosos de la gran constelación del siglo XVIII, cuya estrella polar, el hélice del infierno, es Francisco María Arouet, convertido en Voltaire por obra y gracia del demonio. Pero esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducidito de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día ó de la noche, oh, estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana. Este flujo por traducir todo lo insig-

nificante, todo lo inútil, todo lo bajo; esta pasión por los romances de menor cuantía, donde no falta una condesa que viva amancebada con su criado, ni Adriana de Cardoville que no cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalmá; estos romances cuyo protagonista ha de hacer mil trampas y picardías; estas obras magnas de comer y beber con mujeres de ruín fama; esto de no acostarse hasta las dos de la mañana, ni levantarse hasta las doce; todo esto es escoria, amigos míos: de ella no sacaremos jamás un grano de oro, por mucho que seamos avisados en la alquimia de la sociedad humana. Vivir como perdidos, matarse como impíos, ¡qué historia, qué páginas! El héroe de la novela francesa duerme de día, come y bebe de noche, hace pegas abominables á los maridos, tiene duelos ó retos á la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos. Esta monserga atroz, este embolismo de pasiones arrastradas, vicios y caídas, puesto en rengloncitos que parecen escalera, sin unidad, sin número, sin gracia; esta literatura de lupanar os seduce tanto, los cristianos, los austeros, los juiciosos españoles? Confianza, pues, en Dios, los hijos míos, decía Antonio Pérez; que el señor os tiene á su cargo: confianza, pues, en el demonio, los hijos míos, dice España, que Pateta os tienen cogidos de las agallas, y no os dejará ni el día de las cuentas y perdones. Traducid lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral; traducidlo, y traducidlo bien, á fin de que nosotros, hermanos menores vuestros, no recibamos malas lecciones, malos ejemplos, y vengamos á ser tan ignorantes y corrompidos como... los autores que nos mandáis en mezquina, despreciable galíparla.

Se quejan los españoles de que los sudamericanos estamos corrompiendo y desfigurando la lengua castellana, y no están en lo justo: si esto sucede, mal pecado, obra de ellos es: ellos traducen el *Telémaco* de este modo, y nos envían sus traducciones por nuestro dinero. «Y los gallos cantaban, y las gallinas cacareaban, y los caballos relinchaban, y los burros rebuznaban, y los perros ladraban, y los puercos puerqueaban, y los cuchillos cortaban...» ¿Qué más cuchillo que esta porreña descripción, exclama don Antonio Capmany examinando la hábil obra de un compatriota suyo; cuchillo de palo, y bien á la vista? Á esta clase de traducciones, acostumbrados están los españoles modernos, entre los cuales no hay ni un Coloma para los Anales, ni un doctor Laguna para Dioscórides, ni un Jáuregui para el Tasso. Moratín, desde luego, no podía menos que ser buen traductor: un buen autor traducirá bien, mal que le pese. Gorostiza no pone la pica en Flandes, pero pasa; y en poco está que don Eugenio de Ochoa no sea intérprete cumplido. Larra hizo una buena traducción de Lamennais: las *Palabras de un creyente*, hallaron eco grave y sereno en Figaro, quien lo creyera; y el autor de *El castellano viejo* pudo hablar como profeta antiguo. Á los españoles, como á nosotros, que somos carne de su carne, hueso de sus huesos, nos sobran aptitudes; lo que nos falta es educación: ya lo dijo Paulo Mérula muchos siglos ha; y entonces, como ahora, le estamos sacando verdadero.

Aunque es verdad también que torrentes de ineptitud se descuelgan de traducciones castellanas como las con que han deshonrado su idioma ciertos peninsulares eminentes en las letras humanas. *El Genio del Cristianismo*,

obra á la cual no debiera uno llegar sino después de santas abluciones en la fuente Castalia, ha sido escarnecido y ha quedado mal trecho, en términos que si ese Padre de la Iglesia coronado por las Musas que se llama Chateaubriand saliese de la tumba, lloraría por los vivientes, como Raquel, y se volvería á la eternidad en busca del olvido.

« Ella sola (la Iglesia) sabía hablar y deliberar; ella sola *mantuviera* una cierta dignidad, y se *hiciera* respetable, cuando ninguna otra cosa *lo fuera*. Se *la viera* sucesivamente oponerse á los excesos del pueblo y despreciar la cólera de los reyes. La superioridad de sus luces, *debían* inspirarle generosas ideas en política, que ni *conocieran* ni *tuvieran los otros órdenes*. Colocada en medio de ellos, debían darle mucho que temer los grandes, y nada los comunes...; por eso en tiempos de turbación, se *la viera* adherirse con preferencia al voto de los últimos. El más venerable objeto que ofrecían nuestros estados generales, *fuera* aquel banco de ancianos obispos, etc., etc.»

He aquí los tiempos del verbo reducidos á uno solo, y declarada inútil y abolida la conjugación. Suelen los autores servirse del indefinido condicional en lugar del pretérito pluscuamperfecto, por rehuir la importuna consonancia que resulta de muchas oraciones que concurren en el propio caso; mas nadie, nadie, ningún escritor que merezca este título, ha usado jamás del indefinido por el imperfecto, y menos por el perfecto ó pasado absoluto. Ese buen español no conoce ni tiempo ni modo, si no son los suyos. Dios le dé oído á ese monstruo, que no debe de tenerlo, para que no le zozobre ni desespere esa carretilla infernal de *eras*, donde no hay parvas de trigo, sino chí-

charos y zizaña. ¿Supo su lengua ni la francesa el que tradujo de este modo una de las obras más floridas y amenas de nuestro tiempo? ¿Y la Academia Española no lo privó del agua y el fuego á tan insigne malhechor?

« Destruid el culto católico, y en cada ciudad habréis *de menester* un tribunal con prisiones y verdugos.» Esto dice Chateaubriand, ortodoxo sistemático. El conde José de Maistre, campeón de la Iglesia á todo trance, sostiene que sin verdugo no puede existir ninguna sociedad de hombres. *Et nunc intelligite*. Para mi propósito no importa cosa la contradicción de esos dos foribundos ultramontanos: según el uno, al faltar la Iglesia el verdugo es indispensable; según el otro, la Iglesia no puede existir sin el verdugo. Allá se averigüen: mi negocio es entregarle al patíbulo al facineroso *de menester*; y por fas ó por néfaz, católico ó protestante, allá va á manos del señor conde don José. Toda expiación requiere sangre, dice también ese sublime apóstol del cadalso; derrame la de ese delincuente, y quede purificada la lengua castellana.

« Aunque Roma vista por dentro se parece hoy á las demás ciudades de Europa, *todá vez conserva ella un cierto carácter* particular; porque ninguna otra presenta *una* tal mezcla de arquitectura y *de ruinas*, á contar desde el panteón de Agripa... La hermosura del *sexo* es también *otra* señal que la distingue de las demás ciudades. Admirase *de otra parte* en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico... *Una otra* particularidad de Roma *es* los rebaños de cabras.»

Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, libranos,

Señor, de todo mal. Paréceme que he visto al diablo á media noche en el endriago espantoso que allí queda estampado á la española. *Toda vez conserva ella : toute fois elle conserve.* El castellano es *no obstante, sin embargo* conserva cierto carácter particular, echando fuera ese *ella* y ese *un*, cáncanos asquerosos que no sufre cuerpo limpio.

Á contar desde el panteón : à compter dès le Panthéon. Este á contar traducen, los que saben, por el gerundio, y dicen : contando ó tomando del panteón : y el que escribe á contar desde el panteón de Agripa, puede muy bien irse á revolcar en los establos de Augias.

« La hermosura del sexo es también otra señal. » También y otra, pleonasma : ora el uno, ora el otro, y Cristo con todos. ¡ La hermosura del sexo ! Ya dijo el traductor que la había visto á Roma por adentro, y así pudo darnos esa señal. En cuanto á saber si Roma es varón ó hembra, averígüelo Vargas; pues *el sexo* nos deja en ayunas de esa noticia. *El bello sexo* suelen decir los poco entendidos en lengua castellana; los doctores en ella dicen *el sexo femenino*; y con más llaneza y elegancia, *las mujeres*, cuando hablan de las hijas de Eva, estas nuestras dulces enemigas que nos tienen hartos de amarguras.

« Admirase de otra parte en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico. » Si las carnes son las de una vieja facsímile de Don Quijote, el tono debe sonar á los oídos del viajero seca y estridentemente, como quien ofrece á la historia de los pintores más huesos que carne, más pergamino que succulenta grasa. Si yo escribiera algún día mis confesiones, á modo de San Agustín, diría que esas carnes ni en Roma me han gustado,

ni pienso que ese color de pernil, cual debe de ser por adentro el de las brujas del Trastéberé, sea el *color histórico*. De otra parte, quiero decir por otra parte, esos rebaños de cabras no es una otra particularidad, son otra particularidad, que no le va en zaga al muslo ahumado de la vieja, ni á lo que el insigne hablista vió por adentro en Roma.

« Á Pedro fué á quien se le mandó primeramente de amar más que los otros apóstoles, y de *pacere* y gobernarlo todo. » Siendo cierta esa orden, no sería sino la orden del día del prefecto de Marsella, quien, debiendo tocar allí el emperador Napoleón el grande, *mandó* lo que sigue : « El ejército se alegrará por batallones : los batallones principiarán á sentirse dichosos por el flanco derecho ». Amor mandado, amor á palos. Jesús á nadie mandó que le amase; á fuerza de amor y bondad, de mansedumbre y virtud, se hizo amar; y si Pedro le amó con pasión más viva, fué por haber sido el predilecto de sus discípulos. *Mandar más amor* : la esencia es tan errónea, como desapacible la forma de esta cacofonía.

Ya el pobre San Pedro está amando por mandato; ahora le obligan también á *pacere* : á modo de oveja, de buey, ¿ cómo *pace* el mayor de los apóstoles? Lo que Jesús le mandó fué *apacentar* el rebaño ó la grey que dejaba á su cuidado, y de ningún modo ir rumiando por dehesas ajenas.

Esta orden del día de Jesucristo, seantos justos, no es del traductor, sino del editor : cualquiera puede verla en la nota 15, y exclamar : « ¡ Para tal traductor, tal editor ! » En siendo yo que ellos, no diría *exclamar* sino *exclamarse*, como lo van diciendo á cada paso uno y otro : *s'écrier*.

Vergüenza deben de tener los españoles cultos de que en España se publiquen semejantes libros, y pasen éstos los mares con los honores de la pasta primorosa, para venir á ser ludibrio de los semi-bárbaros de América. *Mandar de amar, mandar de pacer*, ¡oh Dios!

Y bien, hermano, ¿le pesa á usted de haber *sufrido algún poco*? dice un trapista moribundo á su abad. (Nota L.) La lección que el fraile estaba dando al superior de su convento, era buena; mas si dijo « le pesa á usted *de haber sufrido algún poco* », habló en castellano como hablara un palanquín de Tarazona. Bueno es morirse; mas somos de parecer que *in articulo mortis*, lejos de quebrantar preceptos ni transgredir leyes de ninguna clase, debemos arrepentirnos de haberlos quebrantado y transgredido. De otra suerte, al infierno principal, infierno madre, veréis agregado, réprobos, el de los suplicios especiales de los que prostituyen la lengua de su patria y la echan en el cieno.

« Nos acercamos *del* convento, y volvimos á ocuparnos en el taller », escribe un francés metido fraile huyendo del Terror. En Francia se habrá acercado *del* convento; en España tenía que acercarse *al* convento; y si acertaba á meterse de rondón, y ganar el laberinto de Creta de patios, traspacios, sótanos y bodegas, podía escapar del hacha de Robespierre.

« Allí ya se carda, ya se hila, ya se teje. *En tanto que posible*, todo cuanto debe servir para los hermanos *se trabaja* por ellos mismos. » *Pare imposible*, dicen los italianos, de una cosa á que se oponen la razón y la verosimilitud.

Imposible parece, ciertamente, que un español alcance á disfrazar, corromper y subvertir de tal manera la lengua de sus padres. ¿Habrá oído ese bendito en Madrid, Sevilla, Granada, y menos en Toledo, ni á la gente de la hampa, decir *en tanto que posible*? *En tant que possible*, dicen los franceses; nosotros decimos *en lo posible, cuanto cabe*, y otras expresiones tan graciosas como castizas. Si los hermanos hilaban y tejían con el primor que ese literato escribía el castellano, burdas han de haber sido esas telas, bien como para monjes de la Trapa.

« Porque *me haría escrúpulo* de despedir á un hombre que *se salva del mundo*, para venir aquí á trabajar por su alma. » Esto dice el abad, tratando del consabido gabacho que *se salva del mundo*, por librarse de la guillotina. El dicho abad de la Trapa *se hacía escrúpulo* de darle con las puertas en las narices á ese buen candidato para novicio; y no era para él cargo de conciencia hacerle salir por la tangente del globo terráqueo; pues no otra idea inspira esto de *salvarse del mundo*. El abad no; el traductor es el Arquímedes que así le echa como con trabuco al país de los seletitas á ese digno compatriota de madama de Chantal. *Salvarse del mundo*, por huir del siglo, ponerse en cobro, retraerse en un monasterio y entregarse á las meditaciones de la muerte, seguro está que lo diga ni el sudamericano más indocto.

« Yo no sé cómo la conversación vino á rodar sobre la Val Santa, cuyos pobres padres se habían visto forzados á *salvarse en Rusia*. » Salvarse en Rusia es como salvarse en el infierno; y si los pobres padres se salvaron en diciem-

bre, doble condenación. El Alighieri nos ha contado que los suplicios perdurables no son el fuego y el plomo derretido solamente, sino también la nieve de los polos. Pues así como hay infierno frío, así ha habido cielo frío. Con todo, el buen cristiano preferirá siempre salvarse remontando en espíritu á la diestra de Dios padre, donde reina un calorcillo de beatitud eterna, á salvarse en Rusia al lado de esos cosacos que parecen osos. *Salvarse en Rusia, se sauver en Russie*, por huir á Rusia : esto es de perder el juicio.

« Considerando la vanidad de las cosas terrestres, he resuelto no curarme sino de la eternidad. » Y del mal de piedra, y de la gota, y de los otros achaques, ¿por qué no se quiere curar? En todo caso, mejor sería salvarse en Rusia sano y bueno, que llevando á cuestras media arroba de lamparones, broncocele ó papera. Mas cabalmente ese quiere curarse de lo único que no se debe curar, pues si la eternidad es una enfermedad, enfermedad divina ha de ser, y ¡ dichosos los que la padecen en el seno de Dios ! Don Antonio Solís dice que Hernán Cortés no se curaba sino cuando no tenía de qué cuidar. Tan cierto es esto, que una ocasión, hallándose de purga, montó á caballo, y les dió una mano tan buena á los indios de Tlascalá, que les quitó la gana de venírsele encima cuando sabían que estaba enfermo. Lo que el infeliz traductor quiso decir fué, que había el francés converso tomado la determinación de olvidar el mundo y no dirigir sus pensamientos sino á las cosas eternas. *Curarse de una cosa*, por cuidar de ella, es obsoleto. Si yo padeciera de virtudes, y estuviera amenazado con la gloria, no cuidaría de curarme; antes, por el

contrario, me abstendría de todo medicamento : no tomara soberbia, ni avaricia, ni lujuria, ni ira, ni gula; ni aguantar frotaciones de envidia, ni me dejara untar pereza, á fin de que se cumpliera cuanto antes la feliz conminación. Los materialistas, los ateos viven empeñados en curarse y en curar á sus semejantes de la eternidad, que para ellos es sarna perruna.

« ¡ Ah, que debiéramos exclamar, que cuanto hacemos aquí en el mundo por el cielo es todo bien poca cosa ! » No tengo á la vista el original francés; mas probablemente él dice : *Ah ! que nous devrions nous écrier que tout ce que nous faisons ici dans le monde pour le ciel est bien peu de choses !* En sabiendo los vocables de esa lengua, su construcción allí está en ese castellano. Ah, que debiéramos exclamar á nuestra vez, que á nadie le es dado buscar la vida ni allegar dinero por medios ilícitos; y medio ilícito y reprobado es meter la hoz en mies ajena, y abalanzarse uno á lo que no sabe ni entiende. Cuentan que lord Byron, viajando por Italia, supo que un escritor zarramplín había acometido á traducir el *Manfredo*, uno de sus mejores poemas. El noble lord mandó llamar al traductor, y le dijo : « ¿ Cuánto piensa usted ganar con su traducción ? — Ochocientos escudos, por lo menos, milord ». El poeta contó allí los ochocientos, y dijo : « Los que usted se propone ganar; y estos quinientos de adehala, para que no vuelva á pensar en traducir ninguna de mis obras ». El señor vizconde de Chateaubriand le hubiera dado cincuenta mil reales, su cartera de negocios extranjeros encima, al literato español, para que no le tradujese *El Genio del Cristianismo*. Dirán quizá algunos peninsulares, que á posta hemos tomado la peor

de sus traducciones, cual es la hecha en Valencia « con arreglo á la séptima edición francesa », para muestra de la literatura española. No nos pesa nuestra malicia; pésanos echarles ejemplos de esa calaña á manta de Dios. Hemos preferido la gran obra de Chateaubriand, por ser ella la lectura predilecta de los jóvenes que se dedican á las humanidades: si fuera necesario, les daríamos en rostro con mil versiones de obras tan magistrales como las *Velas de San Petersburgo*.

« Dejaron de existir la Olimpia, la Elide, el Alpeo, y el que *se propondría encontrar* el Peloponeso en el Perú, sería menos ridículo que el que lo buscara en la Morea ». El que lo buscara en la Morea, decimos nosotros, sería todavía menos ridículo que el que dice: *El que se propondría encontrar*, en vez de *el que se propusiera ó propusiese hallar*. Podemos *encontrar* lo que no estamos buscando; si buscamos alguna cosa, puede ser que la *hallemos*. En cuanto á la forma del subjuntivo usada por el traductor, cualquier payo sabe que no puede concurrir en primer término con la terminación en *ase, buscase*.

« En latín hay escrita una obra con el mismo título; pero aquellos son vuelos á propósito para *quebrarse el cuello*. » En castellano *se rompe la cabeza* el tonto que echa á volar sin alas; en francés se quiebra el cuello, ó *se casse le cou*. Y á los que á fuerza de ignorancia y atrevimiento se vuelven reos de lesa lengua, no les quebramos el cuello; les torcemos el pescuezo.

« Todo el que se *apartará* de esta idea girará eterna-

mente alrededor del principio, como la aurora de Bernouille. » El futuro absoluto en segundo término requiere el subjuntivo ó el condicional por correspondiente. Decimos, pues: todo el que *se aparte ó se apartare*, girará, como la aurora de Bernouille, ó como el cometa de Tico Brahe, ó como la luna de Flammarion, con selenitas y todo; mal que le pese á la Curia Romana.

« Un ministro que *ardería* en cólera al oír defender la existencia del purgatorio, nos concedería de buen grado un lugar de expiación. » Decimos *arder de cólera*, y *montar en cólera*; arder en cólera, no es castizo (1); y si lo fuese, todavía sería error garrafal y ofensa á la sintaxis usar del subjuntivo en esa terminación, cuando la que corresponde en este caso es la en *iera*: un ministro que *ardiera de cólera*, nos concediera, etc.; ó un ministro que *ardiese de cólera*, nos *concedería* el lugar consabido de tormento. Puede esta ser verdad de á folio; pero lo es de á folio y medio la proposición contraria; esto es: Un canónigo que muriera de cólera, ó se atragantara al acordarse de la abolición del diezmo; un cura que se diera á todos los diablos de que le negasen la existencia del purgatorio, no se ahorcarían porque les pusiesen en duda la del infierno. Esto consiste en que del infierno, maldita si sacan la cosa, y el purgatorio les deja buenos cuartos. La saca de almas es un pontazgo de la Edad Media: el moro Galafre no *sacaba* más del puente de Mantible.

« Mas si consideramos *los hombres* los unos con respecto

(1) Arder de rabia. *Salvó, Gram.*